

# LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 4

Montevideo, Febrero 25 de 1900

TOMO II

## SECCIÓN DE LITERATURA

### UN POETA DE COLOR



Accedí á entrar cuando mediaba la noche en la cantina del *Gran Hotel* de aquella ciudad colombiana donde apenas debí permanecer aún algunas horas, y Ernesto, mi buen amigo Ernesto, impresionable joven con quien me unía el vínculo de idénticas vocaciones literarias, dirigióse á la pequeña mesa de mármol más inmediata á la puerta principal del establecimiento, y apercibiéndose á tomar la silla frontera al mostrador, me señaló la opuesta.

Un mozo que acudió solcito, y que se detuvo á corta distancia de nosotros, cumplió el deber de interrogarnos con la actitud y la mirada.

Pedimos dos tazas de te y dos habanos, y mientras el sirviente se alejaba presuroso, dije á mi amable compañero de letras:

— Paréceme que ha llegado el momento de las explicaciones. ¿Quiere usted satisfacer al fin mi natural curiosidad, y decirme por qué hemos hecho durante una hora el papel de azotacalles, recorriendo una y otra vez las del mismo barrio, hasta que dimos con aquel pobre sereno que á la escasa luz de su farolillo portátil, y acurrucado en el umbral de una puerta cochera, escribía lo que sospecho que debe ser pedestre y erótica espítola enderezada á alguna mal oliente maritornes?

No agradó, sin duda, á Ernesto el tono de mofa escéptica con que emití las precedentes frases, pues revelando en su semblante cierta avasalladora gravedad que no le había conocido yo hasta

entonces, respondiéndome con voz en que vibraba una emoción profunda:

— He querido que conozca usted una personalidad excepcional, un caso de angustiosa pugna entre legítimos anhelos intelectuales, nacidos al influjo de aptitudes reconocidas y ejecutoriadas, y tiránicas imposiciones de un destino burlador y aciago.

No sé qué misteriosa aura de tristeza me invadió de pronto al oír esas palabras. Recuerdo que tuve que esforzarme para exclamar con superficial irreflexión aparente:

— ¡Cómo! Ese joven de color á quien acabamos de ver ejerciendo humildes funciones de policía nocturna...

— Es un artista, un verdadero artista, un cincelador de la frase rítmica cuyo pseudónimo literario conoce usted de seguro, como lo conocen cuantos siguen con vivo interés los varios rumbos del movimiento intelectual americano. Las principales publicaciones periódicas que en América brindan sus columnas á la producción estética de buena ley, han hecho merecidas alabanzas de su genio poético, y solicitan su colaboración eventual y desinteresada. Sepa usted que el nombre postizo de ese joven es...

Mi amigo Ernesto pronunció en seguida un sustantivo que yo había visto con frecuencia, en los más acreditados órganos literarios de Hispano-América, al pie de composiciones líricas reveladoras del pesimismo que suele acompañar á la más alta y refinada cultura intelectual, y á la sensibilidad subyugante que es distintivo propio de algunos excepcionales temperamentos de artista.

— ¡Cosa singular! — exclamé. — No puede haber más hondo abismo que el existente entre la condición real de ese hombre dentro del medio que le han creado la naturaleza y los elementos de la sociedad á que pertenece, y la exquisitez de afectos y elevación de ideas que caracterizan sus producciones literarias, imprimiéndoles el *cachet* por el cual se reconocen ciertas aristocracias intelectuales formadas á la luz de las propagandas y al calor de los neurosisismos en que abundan los grandes centros de la civilización humana.

— La terrible lucha entre las torpes tiranías del nacimiento y de la posición social, y los legítimos anhelos de una inteligencia superior — dijo con mal contenida indignación Ernesto — ha engendrado en el alma del hombre á quien acaba usted de conocer,

uno de esos infortunios profundos é irremediables que tienen para el pensador todo el interés inherente á los más conmovedores conflictos dramáticos.

Dirigiéndome á mi interlocutor una escudriñadora mirada, y mientras el mozo del hotel vertía en las tazas el te preparado, por indicación de ambos, con arreglo á viejas prescripciones asiáticas, formulé, como obligado á sostener el diálogo, esta pregunta:

— ¿Y conoce usted de mucho tiempo atrás á ese poeta?

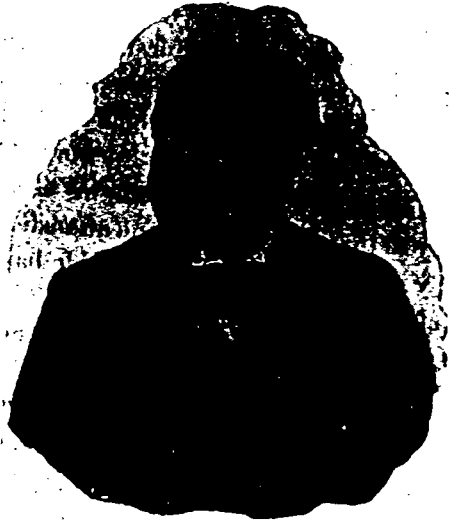
— Dos años hace que me presentó á él uno de los redactores de *El Cronista*, periódico local en que han salido á luz muchas de sus composiciones poéticas. Antes había oído hablar con frecuencia á algunos rimadores pertenecientes á nuestra juventud literaria de las brillantes aptitudes que todos le reconocen, y de los abrumadores obstáculos que esas mismas facultades habían tenido que vencer para manifestarse, sin ninguna suerte de alentador estímulo, en la más triste carencia de recursos, estudiando los secretos de la rima en libros ajenos, y actuando dentro de una atmósfera social refractaria, por vulgar y depresiva en su irremediable baja, á la excel-situd propia de ciertas inspiraciones del arte.

— ¡Pero, amigo mío, lo que usted me dice tiene visos fuertemente románticos ó novelescos!

— Tan extraño obrero de la idea viene arrastrando, desde su más tierna infancia, una vida casi totalmente exenta de goces, y en que las privaciones han solido llegar á veces hasta lo inverosímil. El trabajo se le impuso como necesidad ineludible en edad muy temprana, y me admira que su férreo yugo no haya embotado la sensibilidad de esa alma, destruyendo los gérmenes de una poderosa vocación literaria. Tal fenómeno impone consideración y respeto. Yo opino que en las idealidades y en las ilusiones á que propende todo hombre de su índole, ha encontrado el pobre luchador la energía con que se sobrepone á la dura realidad de su existencia. Cuando lo real es ingrato, suele resultar de inestimable valor aquel fecundo y maravilloso poder imaginativo que nos transporta al encantado país del Ensueño.

— Quizá usted exagera, con inconsciente generosidad, el esfuerzo que exigen las labores de un enamorado de la belleza artística como el que me describe.

— ¡Oh, no! Crea usted que me quedo corto al enaltecer el valor intelectual y las fuerzas morales que revela la actividad poética, entreverada de heroicas abnegaciones, de ese inverosímil tipo. Sepa usted que, en la actualidad, el ser algo enigmático á que me refiero trabaja ocho horas del día como amanuense de un juzgado de letras, y por la noche le roba otras seis al descanso para ganar las escasísimas sumas con que atiende al sostenimiento de su enferma y anciana madre. Y usted lo ha visto: mientras vela guardando la propiedad de gentes cuya potencia intelectual y prendas de carácter se hallan muy por debajo de las suyas, traza á la débil



MANUEL A. SAN JUAN

luz de su farolillo de vigilante nocturno las estrofas impregnadas de triste desesperanza y doliente dulzura que después acogen y publican, sin conocer cabalmente su origen, algunos de los primeros órganos periódicos de Hispano-América. Como posee el *quid divinum* de la más alta poesía lírica, que consiste en imponerles el propio sentimiento y la propia manera de ver á los lectores, sus producciones alcanzan éxito universal y legítimo, sobre todo entre los ejemplares femeniles que tienden á cierto refinamiento neurótico. ¡Cuán lejos están de imaginarse las núbiles vírgenes á quienes deleita y domina en lujoso camarín ó perfumado *boudoir* la inspi-

ración delicada, hondamente personal, y á menudo abundante en nebulosidades germánicas de este heroico adorador de las Hiántidas, que el vate á cuyo mágico influjo vibran dócilmente las impresionables cuerdas del arpa misteriosa de sus nervios es un oscuro y humilde hombre de color en incesante pugna con una vida de privaciones y miserias!

— ¿Y usted cree que los hombres de letras que en el extranjero celebran tan singular numen poético ignoran en lo absoluto la clase de persona en que se manifiesta, y las dolorosas dificultades con que batalla?

— Estoy enteramente seguro de ello. El desdichado artífice de la frase rítmica les oculta, con luminosa conciencia de la ordinaria injusticia de los juicios humanos, la cadena que le hacen arrastrar sus caracteres de raza, y la ruin y mercenaria posición á que le sujeta el destino. Muchas veces los editores de las hojas extranjeras en que colabora le han pedido con reiteradas instancias su retrato, y algunos apuntes autobiográficos anexos, á fin de hacerlos figurar en las mismas páginas que abrillantan sus musicales y seductoras rimas. Siempre ha esquivado la exigencia, y no en verdad por el orgullo ingénito del intelectual que teme desmerecer mostrando al público, que le admira en sus obras, los rasgos poco simpáticos de su fisonomía física, sino en virtud del culto avasallador que rinde á la hermosura de los engendros poéticos. Algo le afligiría la mofa de que pudiera hacerle objeto el vulgo de los lectores al advertir cómo colorea de bronceado intenso su piel ese indeleble pigmento africano que le fué transmitido á manera de perpetuo vínculo de casta. Pero lo que sobre todo le acongoja y aterra es la idea del desprestigio en que, según él, caerían las producciones á que imprime el sello de un buen gusto excepcionalmente acendrado, si se supiera que son hijas del ingenio de un mestizo de la más baja extracción plebeya.

Mi amigo Ernesto emitió estas últimas frases con inflexiones de voz que manifestaban una conmiseración profunda. Propenso yo á dejarme contagiar por achaques de esa índole, intenté resistir exclamando:

— ¡Bah, bah! Probablemente se trata de un caso patológico, de un desequilibrado por efecto de neurosisismos que anulan ó reducen

á insignificantes proporciones el libre albedrío. No olvide usted que la inspiración poética ha sido estimada en todo tiempo, y sobre todo en nuestra época de triunfador positivismo filosófico, como nacida de un estado anormal próximo á las fronteras de la locura.

Movió Ernesto la cabeza á uno y otro lado con el aire del hombre que rechaza la autoridad consuetudinaria de las imposturas deleznales para todo criterio científico, apuró de un sorbo el resto de su taza de te, y me dijo en tono que expresaba convicción firme é inalterable:

—Usted no cree eso. Usted sabe muy bien, porque es poeta, que la pretendida afinidad entre el genio poético y la locura es una pedestre invención acogida con gozo intenso por escritores degradados y ruines, anhelosos de herir reputaciones colocadas á gran altura sobre las suyas halagando la impotencia de la mayoría intelectual á quien la falta de inspiración y de sentido estético veda el empleo de los prestigiosos recursos del metro y de la rima. La prueba evidente de que esa afinidad es una quimera enderezada á rebajar muchas de las más nobles creaciones del ingenio humano, la suministran los insignes escritores que cultivaron á un tiempo la poesía y la prosa, legando á los pósteros modelos inmortales de este género especial de belleza. Así, por ejemplo, los líricos y trágicos de la antigua Grecia resultan, estudiados á la luz de la crítica moderna, los hombres quizá más sabios y mejor equilibrados de su época. La sensatez escéptica de Horacio y de Virgilio, los más célebres poetas latinos, que se vislumbra al través de sus mayores entusiasmos gentilícos, es una de las cualidades que precisamente imprimen marca de singular excelstitud á sus obras. Dante fué un gran pensador, Shakespeare todo un psicólogo y explorador de los oscuros senos del corazón humano. Y en las cumbres bañadas de la luz de la edad moderna se destacan las figuras esplendentes del patriarca de Ferney, del autor de Werther, de Hugo, de Manzoni, y hasta de Carducci, Tennyson y Lecomte de Lisle, como irrecusables testimonios de la coexistencia en un solo individuo de aquellas prestigiosas facultades que nos muestran la verdad amparada y difundida por la razón suprema, y la inspiración deslumbradora y multiforme encerrada en el áureo molde de las brillantes producciones poéticas. Yo veo que donde quiera las más

elevadas aptitudes para la poesía se han manifestado en alianza estrecha é íntima con la fecundidad engendradora de obras en que campea el más perfecto y maravilloso equilibrio de las facultades mentales. Lo que el desequilibrio mental produce, con raras excepciones, es la incipiente ó crónica poesía descosida y absurda, y la mala prosa, que por desgracia tanto abundan en todas partes.

—Según esa manera de apreciar ciertas formas ó modos de la actividad estética...

—¡Oh, sí! El casi desconocido forjador de versos que motiva estas afirmaciones más no es víctima de una tendencia mórbida hereditaria, ni de una accidental alteración patológica perturbadora de la inteligencia. Su desgracia moral, implacable y cruel como pocas, nada tiene que ver con el estado físico de su organismo vigoroso y sano. Ella es, al contrario, producto fatal de una estructura encefálica superior, avasallada por esclavitudes de raza y por invencibles preocupaciones y despóticos determinismos reinantes en el medio en que se ha desarrollado y vive.

—¿Trátase, pues, de un mal sin remedio?

—Incurable, amigo mío; tan incurable como el que forjó la soberana fantasía del autor de *Las hojas de otoño* al encerrar un alma nobilísima, sedienta de amor y de ternura, en el cuerpo deforme de Quasimodo. Ni un golpe teatral de fortuna que lo convirtiera en dueño de grandes riquezas lograría hacer feliz al hombre de que me ocupo, porque nada puede borrar lo que él califica de estigma impuesto por la Naturaleza. Para tener idea de su estado hay que figurarse un alma de aristócrata intelectual sujeta con inquebrantables lazos á la condición más plebeya. Y la prueba concluyente y palmaria de la exactitud de este juicio la suministra el culto respetuosísimo, nacido de una pasión que durará tal vez lo que dure su existencia, con que el desdichado mira á una joven perteneciente á linajuda familia del país.

—¡Es posible! Llega su audacia...

—No hay ni sombra de audacia en un amor jamás declarado, y sujeto al yugo de resignación amargamente dolorosa pero tranquila. Entre las distintas fases morales de ese tipo adecuado para figurar en cualquier ficción de novelador romántico, la que esquician

los anhelos de la adoración erótica sin esperanza es la que más impone á todo verdadero psicólogo involuntario afecto, en que hay mucho de estima. ¡El paciente rimador nocturno es un enamorado de lo imposible!

La entonación nerviosa que daba á sus frases mi interlocutor, se hizo de todo punto intensa al hablar de aquel rasgo psíquico que á sus ojos completaba la fisonomía moral del artista.

Sonaron las dos a. m. en el reloj de la cantina, y ganoso de sustraerme al influjo de la atmósfera nebulosa y triste creada en torno mío por el original relato y las reflexiones de Ernesto, me puse de pie, y le di silenciosamente un apretón de manos, dirigiéndome en seguida á mi habitación, situada en el primer piso del *Gran Hotel*.

Diez horas después me embarcaba en uno de los vapores de la *Pacific Mail*, con rumbo á San Francisco de California.

Han transcurrido diez años desde la época de mi último paso por aquella ciudad colombiana, que Ernesto abandonó también al poco tiempo de mi partida.

Y cuando oigo hablar de vocaciones contrariadas, de anhelos irrealizables, de burladores sarcasmos del destino, me pregunto cuál será la condición actual del infeliz poeta de color cuyo nombre hechizo suelo ver en las mejores revistas literarias del continente, debajo de estrofas impregnadas de esa nostalgia de la justicia y del bien que constituye el torcedor perenne de tantas inteligencias superiores.

Manuel A. San Juan,  
Peruano.

Diciembre de 1899.

## DAGUERREOTIPO

Yo adoro á una princesa de formas elegantes,  
Con grandes ojos negros y artístico perfil,  
Que luce con orgullo las líneas arrogantes  
Que dan á sus contornos un tinte varonil.

Sus manos armiñales, cuajadas de brillantes,  
Ostentan la blancura del pálido marfil,  
Y adornan sus cabellos, oscuros y llameantes,  
Las frescas rosas rojas que nacen en Abril.

Su nombre es margarita, su amor es misterioso,  
Y dice á mis oídos, con ritmo silencioso,  
Las dulces y armoniosas palabras del ideal.

Después, contra sus senos, mis carnes aprisiona,  
Su vida, con mi vida fantástica, eslabona  
Y nuestros labios cantan un cántico triunfal.

José Pardo,  
Argentino.

Buenos Aires.—1900

## MEDIOEVAL

Para el distinguido poeta  
Julio Herrera y Reissig.

Y el castillo merovingio, destacábase altanero sobre abrupta roca, como centinela de avanzada, recordando á los campesinos el poderío de los antiguos señores feudales, señores de horca y cuchillo, que diezaban á sus súbditos con enormes contribuciones, prohibiéndoles protestar bajo severos castigos.

En aquel castillo inexpugnable, el duque d'Hericourt, viejo decrepito, vivía solo con su hija Roxana, delicada flor de invernáculo, suave visión de cuentos hadaicos, que nos traía á la memoria las melancólicas heroínas de las narraciones de Hoffmann.

Sus cabellos, que parecían hechos por los rayos más rubios de un sol que se pone, sus manos que eran dos diminutas azucenas, su talle delicado, flexible, que se columpiaba al perfumado aliento de las brisas, y sus piescitos que eran dos manojitos de jazmines, daban idea del retrato de Roxana, la hija del orgulloso duque d'Hericourt.

Roxana estaba enamorada, y sus amores eran ignorados por su padre que soñaba para ella un príncipe de sangre real, que viniera de países ignorados y que fuese portador de mentadas glorias.

Roxana tenía amores con un pajecillo de su castillo. Todas las noches, á esa hora en que hacen su salida los duendes y los trasgos; cuando las brujas, cabalgando en sus escobas, pueblan los aires con sus lacias é hirsutas cabelleras, prendiendo en ellas las almas de los malos, el pajecillo amante de Roxana subía por la enredadera que trepaba hasta la ventana de su habitación, rodeándola como festoneado marco y matizándola con sus florecillas blancas, rojas y moradas, que exhalaban por las noches el perfume de sus cálices.

A esas horas, mientras todos dormían, el pajecillo arrullaba con sus palabras que eran ritornellos é hidromieles, los castos oídos de Roxana, que apoyada sobre el alféizar de la ventana, contemplaba con sus ojos húmedos y lánguidos á su paje, y besaba con sus labios febricitantes los labios carmeses de su amado.

Una noche, de esas serenas y melancólicas, cuando en la atmósfera flota una suprema beatitud, el paje instaba á Roxana para que lo dejara penetrar en su alcoba de doncella; Roxana se resistía; el pajecillo reiteraba sus pedidos, y Roxana, desfalleciente de amor, embriagada con las caricias de su amante, cedió al fin, mientras el paje penetró en la alcoba y una nube negra, muy negra, y grande, muy grande, que avanzaba callada por el cielo, obscureció la luna, como inmenso cortinado, y todo, castillo, comarca, campiña, fueron envueltos en fúnebres tinieblas.

Roxana, después de algunas horas, después de despedir á su amante con el beso de las flores deshojadas, trató de conciliar el sueño, pero en vano; aunque por breves momentos lo lograba, se despertaba sobresaltada, angustiada, y grandes ojeras negras circundaban sus mejillas de azúmbares marchitos. Hubo un momento en que se despertó víctima de una horrenda pesadilla, creyó sentir un gemido, miró al suelo de su habitación y vió como gotas de sangre rojas, muy rojas, que se destacaban sobre el verde sombrero de la alfombra, y que eran los pétalos de los claveles rojos que su amado le había traído. Volvió á sentir otra vez algo como un gemido, pero más débil, más apagado, y temerosa, con sus cabellos sueltos, con su peinador entreabierto, semi-desnuda, se asomó al alféizar de la ventana, coronada por la enredadera que servía de escala á su pajecillo, y vió en el suelo, á la luz cenicienta de la

luna, sobre la loza fría del pavimento, el cuerpo inerte de su paje, que yacía en medio de un lago de sangre, víctima de una caída que había tenido al bajar, ebrio de felicidad, por la enredadera de campanillas blancas, rojas y moradas.

*Casimiro Prieto Costa,*  
Argentino.

Buenos Aires, Febrero de 1911.

## IMPOTENCIA

Para Aída.

### I

Aurora que se levanta,  
aura que besa las flores,  
arrullos de ruisñores  
ó filomela que canta.

Extraña, exótica planta  
de rarísimos colores,  
divina canción de amores  
que los oídos encanta.

Bello Zafir de Golconda  
engarzado en la diadema  
de una cabellera blanca

Todo eso quiero en la vida  
para formarte un poema  
digno de ti, dulce Aída!

### II

Poema de amor que sea  
música eterna en la fuente,  
en el cielo astro fulgente,  
cendal de espuma en Astrea.

Aroma en la flor, presca  
 en la Natura ferviente,  
 una ilusión en la mente,  
 luz, mucha luz en la idea.

Un poema que te diga  
 mi amor, mis ansias, mi anhelo  
 y tus caricias bendiga.

Y sea—al par que consuelo—  
 una esperanza, mi amiga,  
 de ganar el almo cielo!..

### III

Y he de decirte, señora,  
 en los versos del poema  
 la misteriosa y suprema  
 palabra consoladora.

Mi alma, en silencio te adorna  
 y es tu cariño su emblema,  
 y aunque en tus ojos se quema  
 por ellos suspira y llora;

Mas, siento negra tristeza  
 pues me arrebata la palma  
 la impotencia aborrecida,

Por eso, al ver tu belleza,  
 la ardiente Musa de mi alma  
 no canta: llora, mi Afida!

*Horacio Olivos y Carrasco,*  
 Chileno.

Santiago de Chile, Febrero de 1900.

## DE MI CARTERA

Estuve hojeando, no ha mucho, un libro de pensamientos, pero de pensamientos incoloros, inodoros é inspidos, al extremo de que al leerlos uno le parecía que los acababa de leer; como aconteció con muchos rostros que vistos por primera vez no parece sino que los hubiéramos dejado de ver á la vuelta de la esquina. Y por todo comentario escribí al final del libro: «Pensamientos escritos por el antiguo procedimiento del dedo en el agua».

Es curioso en extremo el afán que demostramos todos por hacer recaer sobre un tercero la culpa de lo malo ó desagradable que nos pasa. Los que tienen mal genio atribuyen casi siempre las frecuentes explosiones de su mal carácter á la torpeza é inhabilidad de las personas que los rodean y sirven; los que tropiezan, culpan á quien colocó el objeto contra el cual tropezaron; aquellos que no son apreciados, á la ojeriza ó envidia de los demás; los que en una empresa cualquiera fracasan, á la maldad de los que los acompañaron, ó á los celos y rivalidades de los hombres. Nadie quiere atribuir á causa propia los continuos desengaños y revéses que sufre, y pocos se toman el trabajo de pensar que una dosis mayor de prudencia, de previsión, de cultura y de luces les hubiera bastado quizá para evitar el mal de que se quejan y que un poco más de justicia los impulsaría á responsabilizarse á sí mismos por las contrariedades de que diariamente son víctimas.

En el país, hay quien confunde el mérito de escribir mucho y bien con la desfachatez de borrar cuartillas y darlas á la luz pública. Por eso creen valer algunos, que no tienen más habilidad, ni han tenido jamás otro hipo, que hacer sudar las imprentas con los soporíferos productos de sus cerebros vacíos.

Las gentes que miran desde afuera el oficio este de escribir para el público, suelen figurarse que citas y pensamientos originales se le ocurren á uno en un santiamén. Los que estamos en el secreto, los *confiteros* que diría Daniel Muñoz, sabemos que no todo en los trabajos que el escritor ofrece á sus lectores es producto de la inspiración y obra del momento. No pocas veces, por el contrario, una frase atildada ó un párrafo hermoso y grandilocuente, nos trae á la memoria el manuscrito antiguo de apuntes, ó el socorrido librote de pegaderas.

He conocido un hombre que ofrece una cosa curiosa que observar. Ocupó un ministerio, y nadie lo vió reír cuando caminaba por las calles acompañado. Bajó del ministerio, y hoy cualquiera, aun el más miope, lo ve reír, y reír de ganas.

Hace poco tiempo conocí á un sordo como una tapia que hablaba con las demás personas á gritos, no por otra razón, decía, sino porque era un poco sordo. A este fulano le parecía que si no gritaba no se le oía bien, y le pasaba una cosa que quizás es común entre los hombres: atribuir á los otros la sordera propia, poniendo á prueba la paciencia ajena.

Muchos, para figurar en política, atacan á los gobernantes y logran popularidad. Si bien los examinamos, con frecuencia no encontramos nada detrás de la exterioridad, en lo que se parecen mucho á las bambalinas y telones de teatro. Estos tales ponen en práctica con los hombres del poder la frase de los loros á las personas que se les acercan: «Que te corto! que te corto!»

Aquí en nuestra República, llaman frutos del país á cosas que, cuando menos, serán de muchos países; porque nadie es capaz de sostener seriamente que sólo entre nosotros abundan las pesuñas, el maíz, el carbón y los cuernos.

El toque de escribir bien sobre un asunto dado, suele consistir en dominarlo por completo; y en saberse contener el autor dentro de los límites prescriptos por la naturaleza del tema, y en tratarlo con apropiado estilo, no sólo por ser el conveniente al asunto, sino también por ser el que el autor con habilidad maneja. Si el artista rebasa imprudentemente estos límites y sale, por cualquier concepto, de este campo, jamás hará obra buena que merezca justicieramente elogios de los contemporáneos y el perdurable recuerdo de la posteridad.

En algunos géneros de vestido es más lindo el revés que el derecho, como en ciertas casas de familia las mamás y las sirvientas exceden en belleza á las muchachas. (1)

*Carlos Martínez Vigil.*

## LULÚ

En estrofas parisienses que su olímpico desdén  
va rindiendo en las penumbras de su cielo siempre gris,  
remembranza extraños sueños con Goncourt y con Verlaine  
esa lírica cocotte de las calles de París.

¡Oh, Manón no fué tan blonda! Su coqueto y áureo tren  
diera envidia á la Antonieta, — la angustiada Flor de Lis —  
y los rizos picarescos que se hamacan en su sien  
desparraman embriagueces de champañas y de hatchis.

En su falda, que al desgaire de Ninón de boulevards,  
deja ver la aristocracia microscópica del pie,  
carcajea el sol en pliegues de pekines y foulards;

y al caer la tarde de oro, bajo un rojo parasol  
se parece á una enfermiza y entreabierto rosa-thé  
desmayada hermosamente bajo un ósculo del Sol!

*Manuel J. Sumay,*  
Argentino.

Buenos Aires — Estío del 1900.

(1) Continuará en el número siguiente.



## A UN AMIGO

## LECCIÓN DE MORAL

No desoigas, Abelardo,  
 mis consejos,  
 que si hoy eres un gallardo  
 mozalbete,  
 por desgracia no estás lejos  
 de la edad  
 en que el hombre necesita,  
 porque el mundo le respeta,  
 seriedad.  
 Verdad es que esto no quita  
 que también  
 te diviertas un tantico  
 y harás bien.  
 Eres joven, guapo y rico  
 y, á más de esto,  
 tienes fama de modesto;  
 mas se dice que derrochas  
 tu fortuna locamente  
 y que, á todo indiferente,  
 vas tirando los monises  
 con morochas  
 y con rubicundas *mises*  
 que, entre risas  
 y palabras rebosantes  
 de cariño,  
 te sonsacan el dinero  
 como á un niño.  
 ¡Majadero!  
 Ya te lo dirán de misas  
 tus amantes  
 cuando te hayan arruinado  
 y no tengas ¡desdichado!  
 cinco pesos  
 para guantes.  
 Y los besos  
 que te ofrecen, delirantes,  
 siendo rico,  
 te rehusarán entonces.

¡Pobre chico!  
 El calor funde los bronces  
 y el amor,  
 si se toma con calor,  
 funde el oro.  
 No derroches el tesoro  
 que tu padre  
 allegó con el sudor  
 de su frente.  
 Mal que cuadre  
 á tu genio, aunque á disgusto.  
 ponte adusto,  
 y, si piensas cuerdamente  
 nunca escuches, por favor,  
 los cantares  
 de sirenas tentadoras  
 que, malvadas,  
 te darán sólo pesares  
 bajo el fuego de miradas  
 seductoras.  
 Ten prudencia  
 y dedícate á estudiar  
 si te gusta alguna ciencia  
 ó algún arte,  
 todos menos el de amar;  
 y podrás así enmendarte,  
 sólo así.  
 Cumple, en todo, mis consejos,  
 fía en mí,  
 y cuando seamos viejos  
 ya verás  
 si tenía ó no razón.  
 Tú dirás  
 que te endilgo este sermón  
 porque, al fin,  
 no soy rico como tú.  
 Claro está ¡por Belcebú!  
 que, á no ser  
 un grandísimo rocín,  
 y, á tener  
 tres ó cuatro milloncesos,  
 no intentara,  
 con inútiles consejos,  
 convertir

á un insigne calavera  
que, en mi cara,  
suele echárseme á reír  
con cinismo.

Y, á decir  
la verdad, puede que hiciera  
yo lo mismo.

Vicente Ninlaur Roig.

Buenos Aires, Febrero de 1900.

## CUENTO DE CARNAVAL

La calle, estrecha, sombría, con sus altas fachadas negreando en la obscuridad, perdíase á lo lejos sumida toda ella en un gran letargo. Eran las cuatro de la madrugada; todo parecía dormir; y Claudio, con su máscara de albayalde, su casquete blanco, su holgada vestimenta de *Pierrot* también blanca y ornada de cascabeles, proseguía en su marcha torpe é insegura de borracho que flaquea.

En medio de los vapores de la embriaguez, de las bocanadas de locura que subíanle al cerebro, una angustia infinita oprimíale el corazón. Una hora, dos horas antes, al retirarse del baile adonde había asistido, Claudio, en su silenciosa travesía á través de la ciudad entregada al sueño, cuando todavía le zumbaban en los oídos los acordes de las músicas, las risas de las máscaras, el bullicio de la multitud loca y jadeante; cuando aún enneguecían sus ojos toda aquella pompa inusitada, aquel lujo insolente, aquella exhibición de sedas y oropeles desfilando á través de salas, de calles y de teatros; uno de esos tantos cuadros en que se deja ver la miseria, habíasele presentado al paso: una mujer andrajosa, ebria, semi-desnuda, saliéndole al encuentro en busca de un socorro. Él, impresionado, entristecido por tanta desgracia, había vaciado sus bolsillos en aquella mayo descarnada y temblorosa; pero aún creía verla; creía verla en su fantástica peregrinación por la ciudad impenetrable y sorda, siempre extendida, siempre implorando, como pi-

diendo para sí un poco de aquella felicidad robada, de todo aquel oro esparramado á los vientos en una noche de placer y de orgía. Sus gritos, sus blasfemias, sus horribles imprecaciones lanzadas contra la sociedad y el mundo, creía oír las Claudio en el aire cálido que caía de lo alto, del cielo lóbrego, preñado de nubes de tormenta.

Oh! qué amargo despertar! La loca alegría de esa noche, los momentos de solaz pasados entre buenos camaradas, allá en el baile, parecían haberse desvanecido, derrumbado bajo el soplo de algo muy frío, muy extraño, que viniera de arriba.

Aquel resurgimiento de la verdad desnuda, acababa de echar por tierra los recuerdos de la fiesta, y sólo ahora un gran desaliento, el dejo amargo del vino del placer, quedaba en su alma sensible, henchida de lúgubres presentimientos. Y, en la noche tormentosa, en su marcha torpe é insegura de borracho que flaquea, Claudio, el poeta, el soñador, el bohemio incorregible, en medio de los vapores de su embriaguez, de las bocanadas de locura que subíanle al cerebro, sentía que una gran angustia le oprimía el corazón.

Claudio ya no reía: esto antojábasele un apóstrofe, un sarcasmo, una bofetada en plena faz á la humanidad que sufre. Ahora, su traje de *Pierrot*, su máscara de albayalde, el eco de sus propios pasos que en el silencio de la noche oía repercutir allá en la acera opuesta, llenábanle de una vergüenza, de un miedo que le hacía huir en acelerada fuga, sin mirar á su alrededor, con el paso inquieto y receloso del criminal que créese perseguido. Con la inconsciencia de un autómeta, caminaba, caminaba siempre, por la calle estrecha y sombría, que una gran bocanada de aire, de viento, ahora comenzara á barrer. Y en esta carrera loca, bajo la tormenta ya próxima á desatarse, Claudio no paró un momento, hasta que hubo llegado al miserable cuartucho que servíale de vivienda, á la desmantelada bohordilla, que, como un nido de gorriones, hallábase encaramada allá en lo alto de un tercer piso. Entonces, una vez allí, mucho más sereno, mucho más tranquilo, abrió la ventana y junto á ella dejóse estar.

Con los ojos fijos en el horizonte, sondeando la obscuridad en que parecía confundirse la tierra con el cielo, Claudio miraba al

acaso, como si buscara la ciudad, oculta en el abismo; y de repente, durante un segundo, á la viva luz de un relámpago, la vió reaparecer distante, allá abajo, para no verla más, como un lívido fantasma envuelto en llamas funambulescas.

Una gran conmoción había hecho retemblar la casa; gruesas gotas cayeron del cielo, y muy pronto la calle apareció toda negra. A trechos, la luz amarillenta del gas al reflejarse en el húmedo adorno, trazó luengos regueros de oro, que escalonados en línea recta se sucedieron hasta perderse allá en el fondo sombrío de la desierta calle.

Para adormecer su espanto, para ahogar su angustia y sustraerse á los sombríos pensamientos que bullían en su cerebro, Claudio continuaba mirando; pero allí, en la desmantelada bohardilla, frente de los elementos desencadenados, su angustia pareció aumentar. Ideas lúgubres volvieron á asaltarle, y el penoso cuadro que acababa de ver, aquella mujer paseando en el silencio de la noche sus harapos rotos y su desnudez hambrienta, reapareció de nuevo ante sus ojos. Claudio la veía siempre, poseído, presa de una obsesión. La veía allá en el fondo de las tinieblas, en su marcha á través de los tiempos y de las edades, agrandada, terrible, como una encarnación del vicio, de la miseria, de todos los azotes que han afligido y afligen á la humanidad. Veía reaparecer después de los esplendores de aquel día, como reaparece el pus de una úlcera al despojársela de las sedas y tules en que por largo tiempo ha permanecido oculta. Y, entonces, al pensar en los muchos infelices, en los muchos desgraciados que tal vez esa noche no tendrían un mendrugo de pan que llevarse á la boca, ni una almohada en que reclinar su frente, Claudio sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, bajo el peso de un gran dolor. Buscó su lecho, y en él dejóse caer, extenuado, sin fuerzas, ansioso de la calma que su espíritu exigía.

Allá fuera, la tempestad continuaba arreciando, cada vez con más bríos, con más furia. Ráfagas inmensas barrían ahora la ciudad, cual si quisieran regenerarla, volverla pura y sin mácula, llevándose consigo toda la podredumbre, toda la inmundicia, todos los miasmas, toda la hiriente farsa de aquella noche de licencioso libertinaje. Era algo grande y simbólico, algo en que á Claudio se

le figuraba ver un nuevo castigo infligido sobre las iniquidades de los tiempos modernos: el triunfo tardío pero seguro de la justicia y de la razón; el triunfo del socialismo amplio y generoso que cobija á todos los hombres bajo una misma bandera y alivia los dolores de la humanidad encaminándola hacia el bienestar común, entonando su himno de guerra en medio del derrumbamiento de los viejos ídolos, del utilitarismo, del agio, de la preponderancia del rico sobre el pobre, del oro sobre la inteligencia.

Y, en tanto que allá afuera, en la noche lóbrega y sin luna, el huracán arreciaba castigando toda la casa hasta en sus cimientos, allí, en la miserable bohardilla, allí en el lecho, con el rostro pegado á la almohada, en una gran caricia, frente de aquella inmensidad negra y trastornadora, Claudio sintió su corazón oprimido tan dolorosamente que prorrumpió en sollozos.

Un quejumbroso lamento, un vagido tierno y dulce de niño que se queja, una misma frase, siempre dicha, siempre balbuceada, escapábase de sus labios:

— Dios mío! Dios mío! Dios mío!

En el rincón penumbroso de la desolada estancia, su máscara de albayalde resaca, resaca siempre; en tanto que lágrimas de fuego, de cólera, de infinita desesperación, rodaban silenciosas, abrasándole las carnes afiebradas.

Juan Picón Olondo.

Febrero de 1901.

## VELUT UMBRA

Era el instante somnoliento y triste  
De abrumadora calma,  
Cuando brotan los astros en el cielo  
Y todas las congojas en el alma!

El Sol, más que candente, enrojecido  
Como un disco de grana,  
Teñía con sus ígneos resplandores  
De las sombras la mustia caravana.

Las perfumadas brisas de la tarde,  
Lo azul de la colina  
Que á lo lejos del río se esfumaba  
Como al través de pálida neblina;

Aquel rumor, las vocingleras notas  
Del ave en el follaje,  
El remanzo de trémulas ondulinas,  
La insólita grandeza del paisaje...

Todo; perfiles, sombras y colores,  
Tranquilidad, misterio,  
Vibraba en lo más íntimo del alma,  
Como vibran las cuerdas de un salterio!

Sonreía la página celeste  
Con su primer estrella;  
Era dulce el murmullo de las ondas  
Y fresco el aire de la tarde aquella;

Pero ni voz, ni luz, ni panorama  
Mi espíritu embebía,  
Como el supremo don de tu hermosura  
Bajo la mustia claridad del día.

Tú, para mí, gentil y encantadora  
Como la flor primera  
Que desata sus pétalos de raso  
Comenzando á bullir la primavera;

Tenías el encanto irresistible  
De una virgen hebrea,  
Tan cásta como el lirio de los valles,  
Tan pura como el fuego de la idea!

Y eran bajo la nieve de tu frente,  
Dos luceros tus ojos,  
Tus mejillas, jazmines entreabiertos,  
Y ardientes como el sol, tus labios rojos.

Tan negra como el ébano rodaba  
Graciosa y hechicera  
Por tus contornos griegos, alma mía,  
La red de tu abundosa cabellera.

De pie sobre la barca juguetona,  
La diosa parecías  
De aquellas infinitas soledades  
Pobladas de perfumes y armonías...

¡Oh, suprema beldad! Luz de mi ocaso,  
De mi dosel estrella,  
Como ninguna cariñosa y pura,  
Como ninguna cariñosa y bella;

Ven, y verás, cómo en la isla santa,  
Sin pesares, ni hastío,  
Será un lazo de flores la existencia  
Y un solo ser tu corazón y el mío.

*Eugenio C. Noel.*

Buenos Aires, Febrero de 1900.

## EL CASCO NÁUFRAGO

Una noche, cuando ya hufan las sombras en desbande, comenzando un amanecer, surgió en la tendida playa de la ensenada de Castillos como sobrenatural escalo el casco de una barca sueca casi desarbolada, con las velas de relingas no desgarradas, atesadas. Y conservando aún avanzada la madrugada, en la semi obscuridad y en medio de la confusión del momento, los faroles de señales encendidos indicando barco velero en marcha; el de cristal verde al costado de estribor y el de luz roja en alto delante de una gavia.

Como si fuera del peso de un miñango la embarcación, y con la misma facilidad que devolvía á la costa los granos de la hez del carbón que arrojan al agua de los vapores en esa altura durante su travesía; el mar, con sus olas embravecidas en su crisis de furia, la habían impulsado para ir desgraciadamente á encallar.

Estaba del destino que no había de salir más de allí. La «Mandal» no cortaría más las olas de ningún mar; en lugar de desmembrarla en su ancianidad en un astillero, pasando su material y en-

seres para completar otro navío, su suerte se había trocado muy diferentemente; tenía en fuerza de su sino que desgastarse á capricho del océano en su rudo embate. Allí bajo un eterno paire sin moverse, sin balancearse más, anquilosada, en una inmovilidad de pontón legendario é inservible, como un organismo ya sin vida, dispuesto sin defensa alguna para las roldas y dentelladas del ambiente y las escarbaduras de los cachones que rompen ruidosos en la playa.

Muchos días se trabajó sin embargo con afán por devolver por entero al agua aquel marinero navío traidoramente ido á pique y que había surcado casi todos los mares en las diferentes líneas de que formó parte, soportando más de cien veces deshechos temporales; pero á los tirones brutales de las maromas, la «Mandal», como acometida de un inmutable empaque, de una terquedad férrea, sólo respondía con grandes crujidos de su obra muerta como si fuera á dividirse en partes, sin menearse de su estancamiento, siempre proa á los médanos que se extienden al frente como barrera inexpugnable en cordilleras eslabonadas como las cadenas de las grúas y de un uniforme color amarillo-pajizo, color de aridez inequívoca, que produce una cansada monotonía, sólo rota en los días de sol por las sombras proyectadas de las dunas y albardones más altos...

Las embarcaciones dispuestas para el salvataje no se podían acercar por correr el riesgo de quedarse en el mismo estado, como si fuera el barco un *noli me tangere*.

Tal era la internación del buque en la costa. Succedía entonces que los empujes no podían ser tan poderosos desde la distancia en que se tenía que operar. El casco, en gran parte se había introducido en la arena, y á cada reiterado tirón parecía arraigarse más.

Era como un tato á quien se tira de la cola frente á su guarida y se prende fuertemente en la tierra con las uñas y hay al fin que abandonar á trueque de quedarse con la cola en la mano.

Una tarde, después de inauditos esfuerzos se decidió, en vista de la infructuosidad de la tarea, abandonar el buque varado, y la serie de embarcaciones empleadas para la zafadura, declarada su impotencia se perdieron en el horizonte con sus caños negros vomitando humo espeso y con los buques menores á remolque cor-

tando las olas amorosamente detrás y cargadas con todo lo que humanamente se pudo extraer.

La barca quedaba sola en la desamparada y terrible costa. En su encalladura, el barco había formado su pavés con su propio peso. Estaba con su escafa tumbada de la borda de babor. El timón, bajo la rudeza del arrastre, habíase quebrado lo mismo que ciertas partes del velamen, que luego fué arrancado en su totalidad. Uno de los focos había caído en el momento del naufragio sobre la cubierta. La arboladura del bauprés y una de las cacholas estaban inutilizadas. Los vidrios de las casametas, del alcázar de proa, de las cámaras y gran parte de la vasijería de servicio, redujéronse á un montón de añicos. Algunos de los ojos de buey que en el momento de la catástrofe se encontraban abiertos, desgonzados de sus visagras, permanecían ladeados y sólo sostenidos por una brizna metálica. Infinidad de cuerdas meollares, guardabolinas arrancados por la brusca sacudida cayeron sobre cubierta, y algunos cabos de las gavias deslingadas se hallaron sumergidos al antojo de los cachones en sus cabrilleos y sólo suspendidos por las encapiladuras de las bandas.

Todo el vecindario pobre de las inmediaciones que en su mayoría ocupase, siendo hasta su único medio de vida, del despojo y pirataje de los buques perdidos, habíanse encargado de aligerar un poco más la barca, llevándose campantes á sus hogares algunos objetos pertenecientes al malogrado velero. Había que ver cómo en un santiamén desaparecían las chapas pesadas y cordajes fuertemente amarrados, y no hay por qué decir de los objetos portátiles ó fácilmente llevaderos. ¿De qué es aquello?, solía frecuentemente preguntar el huésped de la casa costanera, morada de esos singulares lobos de mar al contemplar algo raro en uno de los patios, colgado en alguna de las paredes toscamente enjabelgadas ó cierto utensilio colocado á la vista que por sus condiciones desarmonizaba con el resto del mueblaje, de los adornos ó de la humilde orfebrería doméstica, era infalible que la respuesta no sería, es obra de mi santiscario, sino la consabida muletilla. «Esto lo obtuvimos cuando el naufragio de la barca «Mandal» ahí en el Polonio...» No era tampoco cosa extraordinaria encontrar en esos hogares de husmeadores de siniestros marítimos, dignos más bien de ser guar-

datrasteros que de sagrario, la tableta de nomenclatura de pañoles oficiando de percha, las cúpulas ó campanas de cristal de los grandes focos eléctricos de á bordo haciendo de queseras ó guarda frutas, el casco de una pequeña casameta con tragaluz convertida en inmunda perçera y trinquetillas funcionando de trancas, conservando aún el lustre producido por la estregadura de las cuerdas cuando su antiguo oficio.

De tiempo en tiempo, los furtivos despojadores, cuando reconocían más viable la tarea, enlazaban las tablas aflojadas por los resoplos de los huracanes y por los brutales latigazos de las olas, ingeniándose para traerlos á la playa á buen recaudo. Todos habían merendado de la barca. Y así, bajo tan diferentes clases de desgastes, el pobre buque encallado en la arena, aparecía como un esqueleto incompleto, con su costillar vacío, desnudo, hueco, sin olor de alquitrán y desaparecida la estopa como una osamenta sin migaja de carne al costado de un camino y que han abandonado las rapaces después de haberse cebado pelándole despiadadamente los tejidos.

La línea de flotación que todavía conservaba vestigios del color de la pintura diferente del de las regalas y demás resto del casco, fué el sitio preferido por las bellotas de mar, por los balanos que abren perçosamente sus gomosos tentáculos como una rara flor escarlata, por los perçebes enracimados con sus sombreros de nácar sonrosado como epidermis de joven virgen... y por los tala-dradores gromas.

Así transcurrió mucho tiempo y el casco abandonado de la «Mandal», mirado á la distancia aparentaba encontrarse siempre en el mismo estado, aunque como acontece con ciertas llagas ocul-tas, en el interior de su tablazón cubierta de una lama de verdoyo de mar la polilla del tiempo, auxiliada por la del abandono, muy pronto habían de dar al traste con los últimos despojos del her-moso navío sueco. El barco náufrago soportando casi á diario tem-porales en esa onminiosa costa atlántica, estaba de Dios que había de desmenuzarse para completo remate de un día para otro.

En efecto, acercándose, advertíanse más bien sus numerosos achaques, sus nuevas arrugas de decrepito precoz.

Los vecinos que cruzaban en sus andanzas por frente de él, ha-

bituados á verlo por largo tiempo, allí siempre surgiendo impertur-bable y paciente tanto en los días bonancibles como en los bo-rrascosos, tanto bañado por espléndido sol que calentaba la arma-dura desvencijada del maderamen, como en los neblinosos velado, casi oculto por el humo de la cerrazón que empapa la podrida es-cafa como después de copioso chaparrón, habíale tomado con el correr de los días un verdadero cariño, cariño nacido influenciado por el medio.

Casi ninguno pasaba sin dedicar una mirada compasiva á ese resto ruinoso, á aquel andrajo marino que mostraba en punto avan-zado en lo alto de la proa, el mascarón perniquebrado figurando una sílfide con la pintura de esmalte azul y los floeos dorados desteñidos. En cambio, muy pocos eran los que al cruzar diri-gíanle un vistazo torcido, de soslayo, como avergonzándose de ocuparse de una cosa inanimada que filosóficamente poco ó nada correspondía importarles, y estos mismos está por suponer que en el fondo del alma le querían, que profesábanle amor al armatoste aquel, llegado un día inopinadamente, para desde su sentadera, en ese retazo de costa desolada, envuelta siempre en una soledad inrasgable, acompañarles por largo tiempo en ese confinamiento en que estaban esclavizados. Siendo el objetivo de las miradas tími-das, bajo ese ropaje de indiferencia fingida el de enterarse si en los días pasados sin observarlo el buque destartado no había sido tragado de un chupetón por la mar implacable. (1)

*Carlos H. Mata.*

## DE UN POEMA

Sobre las hondas negras; en la noche fantástica,  
yo desafié las iras del vértigo del mar,  
de pie sobre la popa de un bergantín negrero,  
oyendo á mis espaldas rugir el huracán.

(1) Continuará en el número siguiente.

El rayo enarbolaba su látigo de fuego,  
hiriendo la tiniebla su lívido fulgor,  
y del profundo abismo de la mar cavernosa  
salía un gran lamento de terrible dolor.

Sin jarcias ni velamen, erugiendo sordamente,  
iba sobre las hondas el negro bergantín,  
como un fantasma extraño, como un espectro enorme,  
como algo que no tiene ni sol ni porvenir.

Del horizonte obscuro llegaban los gemidos  
de los vientos coléricos que venían del sur...  
y de los altos cielos miré que descendía  
sobre la mar vibrante una pálida luz.

Y que las olas turbias sujetaron sus iras  
y los vientos helados su tremendo clamor,  
mientras el hosco cielo desgarraba sus lutos  
y del abismo líquido callaba el corazón.

Y en la calma serena, bajo los tristes astros,  
sintiendo que en mi espíritu rugía el huracán,  
me burlé de los vientos, me burlé de la noche,  
de las olas enormes y del alma del mar.

Froilán Turcios,  
Hondurés.

Tegucigalpa, Honduras -- 1911.

## TROPICAL

Desata, oh ninfa, de tu veste el velo  
y bríndame el festín de tus hechizos,  
sobre un lecho de glauco terciopelo  
con guirnaldas de lotos y citisos.

Mira cual brillan y su ritmo alteran  
las blancas ondas que mi pecho toca:  
son dos magnolias que temblando esperan  
la mariposa ardiente de mi boca.

Arrullen nuestro sueño de ventura  
las willis, del remanso en las malezas,  
mientras yibran del bosque en la espesura  
los ósculos de Pan á las faunasas.

Las mieles de tus besos, gota á gota,  
quiero beber en búcaro de grana,  
y ver cual rueda y en tus hombros flota  
el oro que en tu frente se devana.

Colúmpiame en tus brazos de alabastro,  
y tu caricia de nereída sea  
el beso de la linfa con el astro,  
el éxtasis de Marte y Citera!

(Germán García Hamilton.)

Buenos Aires, Febrero de 1911.

## EN EL CUARTEL

(De la novela en preparación: El señor Ministro.)

(Continuación)

Se hallaba todavía á esa altura de su carrera en que necesitaba sembrar para recoger; y López no ahorraba la semilla, buscando amigos y popularidad por todos los medios y en todas las esferas sociales. Tanta maña se había dado que el afortunado militar era, en aquella época, el jefe de Cuerpo más generalmente apreciado. La prensa, sobre todo, hacía á diario grandes elogios de su batallón y de su persona; y no la prensa asalariada, sino los mismos diarios de oposición, en cuyas redacciones él contaba siempre con amigos. Se le llamaba «militar ilustrado y de orden», «soldado pundonoroso» y muchas cosas por este estilo, y circulaba la novela de que había tenido un duelo con otro jefe de alta graduación, á causa de haber pretendido éste sobornarlo para un motín de cuartel, que hubo de estallar á poco de mandar él, el 10.º de infantería de línea.

Tal vez por esta circunstancia altamente honrosa para él, aún cuando el Gobierno legal que se pretendía derrocar fuese malo, tal vez á consecuencia de esta *parada* de verdadero efecto, real ó fraguada, en una época en que las sublevaciones militares eran endémicas, el coronel López había adquirido la reputación de que disfrutaba y que entonces muy pocos de sus colegas de figuración tenían.

Como se ve, pues, Arturo Rodríguez no anduvo desacertado al cultivar preferentemente esta relación, algunos años atrás. Tuvo la clarividencia de la posición que más adelante conquistaría su amigo. A este olfato sutil de perro rastreador, muchos deben su fortuna en política. Esta era la especialidad de Arturo, y como se verá oportunamente, mucho le valió.

Y volvamos ahora al salón del 10.º de infantería de línea. Los visitantes de la antesala eran más abigarrados. Pero, para pasar al despacho del Jefe, se seleccionaba mucho: ahí iban sólo los íntimos ó las personas de cierta posición social. El oficial que anunciaba al coronel López las visitas, sabía ya su rango al introducir las, de manera que tomaban asiento donde aquél las colocaba. Las gentes de poco más ó menos, en la antesala de sillas de Viena deslustradas y con luxaciones, donde se aguardaba largo tiempo y no había mate; y las de categoría en el comfortable recibo del coronel, en el cual se hombrecaban con senadores, diputados, magistrados, jefes de alta graduación, proveedores y otras personalidades situacionistas.

El Jefe del 10.º no atendía á los «plebeyos» de la antesala sino cuando ya había «dado audiencia» á los amigos del salón de íntimos. Y era de ver cómo se impacientaban aquéllos en sus inacabables esperas, los cigarrillos de todos los colores y olores que quemaban, los puchos que desparramaban sobre aquel piso de pino de tea machihembrado, enemigo irreconciliable de la asepsia, las cosas que se decían unos á otros por matar el tiempo, mientras el coronel departía con toda calma en la sala contigua hasta las diez de la mañana, en que, invariablemente, se despedían y retiraban sus íntimos, porque sabían que á esa hora ya estaba su coche á la puerta del cuartel para llevarlo á la casa particular del Ministro. En la antesala esperaban también mujeres. Eran caras conoci-

das para la gente que frecuentaba los Ministerios. «Viudas» encargadas de distintos corretajes, que iban acompañadas algunas veces por «niñas huérfanas» á su cargo, á las cuales, por no dejar solas en casa, dada la naturaleza de sus ocupaciones, las llevaban prendidas de la saya donde quiera que fuesen, y, sobre todo, á las casas de personajes de evidente influencia.

Hasta que el coronel López no se despedía de su última visita, no pasaba á la antesala. Pero como en ese momento iba siempre de prisa, pocos eran los minutos que dedicaba á los pacientísimos pretendientes, inspiradores de nicotina, que lo asaltaban al divisar su gallarda silueta. Él los conocía uno á uno y sabía á lo que iban. «No hay nada de nuevo todavía», decía al uno sin esperar á que abriera la boca. «Pásate por el Ministerio esta tarde», á otro que daba media vuelta después saludando militarmente. Ó bien: «Puede usted ir á la Contaduría; está arreglado el asunto»; «Hablé con el Habilitado y dice que no puede hacer nada»; «Ya te he dicho que no seas cargoso... que no hay empleos...»; «Pásese mañana; no he tenido tiempo de ocuparme de usted...» Y por este tenor López atendía á aquellas gentes, avanzando hacia la puerta de salida medio asfixiado por los que lo cercaban y el olor á tabaco negro y á alcohol que despedían muchos de ellos.

Las señoras, aparte, aguardaban á que los hombres se marcharan para aproximarse al coronel. Éste, que era muy galante con el bello sexo, tenía la atención de dedicarle algún tiempo más. Algunos «¡muchísimas gracias!» pronunciados con visible contento y acompañados de acariciadoras sonrisas llenas de promesas, daban fin, por lo general, á las lacónicas conferencias, no por eso menos provechosas. Entonces recién podía tomar su coche el Jefe del 10.º de Infantería que, como se ve, daba audiencias á lo Ministro y se le hacía antesala como á éstos.

Oriol Solé Rodríguez.



## NOCHE TRISTE

Noche triste...  
 Noche triste de recuerdos y nostalgias.  
 En los rígidos alambres canta el cierzo  
 Una amarga serenata.  
 ¡Yo estoy solo!  
 Yo estoy solo y en los muros taciturnos  
 Como rondas de fantasmas,  
 Las siluetas de mis muebles  
 Se retuercen, se contraen, se dilatan.

El hogar está sombrío,  
 El hogar está sin llamas,  
 Por las grietas de los muros  
 En glaciales bocanadas  
 Entra el frío, y me acaricia,  
 Y me hiela, y me acobarda.

Noche eterna...  
 Noche eterna de recuerdos y nostalgias.  
 ¡Yo estoy solo!  
 Yo estoy solo aquí en mi cuarto,  
 Con mis sueños, con mis penas, con mis lágrimas!

*Ruñil Montero Bustamante.*

1900.

## LA VIEJA ESPADA

Está la espada, oscura y olvidada,  
 en la panoplia señorial clavada.  
 Yo creo  
 que ha de crisparla, á veces, el deseo  
 de ir á zigzaguar en el torneo  
 y hendir, hasta el airón, una celada.

A mi vista la espada se contrista;  
 y me mira, la pobre, con su vista  
 nublada

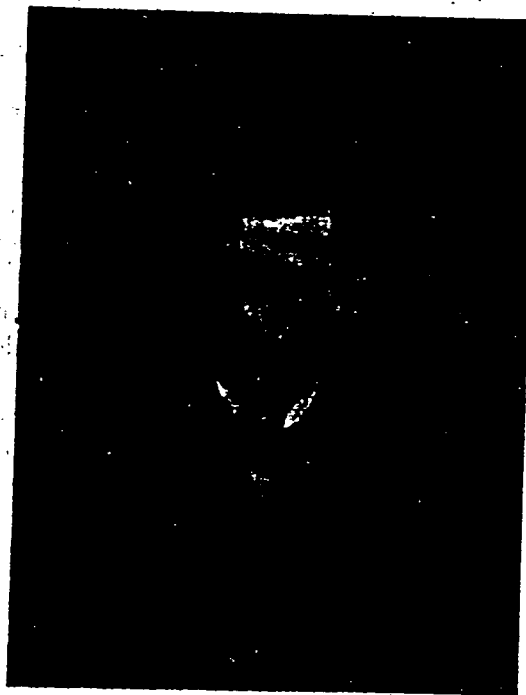
de valerosa espada bien templada  
 que en la panoplia está crucificada  
 y se muere pensando en la Conquista!

*José M. Quevedo,*  
 Argentino.

La Plata, 1900.

## EL DESQUITE

El telón se alzó por vez postrera y empezó el tercer acto del drama que se estrenaba con tanto éxito aquella noche:  
 Pablo, trémulo de gozo por la ovación que había merecido su



FELIPE A. OTERIÑO

obra al final del otro acto, miraba, oculto detrás de un bastidor, aquella muchedumbre de burgueses y aristócratas que lo habían aplaudido con entusiasmo, á él, al ignorado autor que pocos años

antes chapoteaba el barro de las calles con sus pies desnudos, temblando de frío bajo sus harapos, medio muerto de hambre, mientras pasaban por su lado, como un escarnio á su indigencia, escupiéndole el lodo que recogían las ruedas, los carruajes de los opulentos, de los que no sentían frío, ni tenían hambre.

El triunfo estaba asegurado: los finales de las escenas se perdían entre salvas de aplausos estruendosos; algunos espectadores, más entusiastas que los demás, llamaban á grandes gritos al autor.

Pablo no cabía en sí de gozo: la alegría del literato era grande, pero la del hijo de la gleba llegaba á la apoteosis, al verse aclamado por aquellas gentes que antes odiaba con el rencor del que todo le falta al que todo lo tiene, y que ahora veía casi con cariño.

Pero cuando, al terminar el drama, apareció en la escena, llamado por aquel público delirante de entusiasmo, le pareció que los aplausos eran menos nutridos; y al comprender que la obra perdía á los ojos de aquellas gentes porque era el fruto de la inteligencia de un plebeyo, un sentimiento que lo alejaba otra vez de ellas, fué á mezclarse á la alegría del triunfo: y á tiempo que se inclinaba, agradeciendo la ovación, apareció en sus labios una sonrisa indefinible, reflejo de aquel odio que renacía en el fondo de su alma, modificado por la conciencia de su superioridad sobre aquellas gentes, que antes pasaban á su lado, escupiéndole el lodo que recogían las ruedas de sus carruajes.

Felipe A. Oterino,  
Argentino.

La Plata, Febrero de 1900.

## TRISTE

Amada: cuando te alejas  
Hacia tu paterno hogar,  
Vas triste, porque me dejas,  
Y son amargas tus quejas  
Como las aguas del mar.

Vas triste, cual el proscrito  
Lejos del suelo natal:  
Llevas en la frente escrito  
De tu dolor infinito  
El poema sin igual.

Vas triste, cual los judíos  
Cuando cautivos se ven,  
Siervos de reyes impíos,  
A orillas de extraños ríos  
Y lejos de su Salén.

Del amor mío sospechas  
Tú, que se extinga el volcán:  
Me dejas tiernas endechas,  
Diciéndome que sus flechas  
Los celos te arrojarán.

Por eso, mi bien, vas triste  
Y es sin lindes tu dolor:  
Tu alma de luto se viste,  
Porque ignoras que resiste  
Todas las vallas mi amor.

Amada: porque me quieres  
Como siempre te querré,  
Con crueles dardos te hieres  
Y amargas quejas profieres,  
Entre la duda y la fe.

Aureliano G. Berro.

## SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

### REFORMA DE LAS CLASES PASIVAS

#### I

Ligada como está á importantes factores de nuestro estado social, creemos que abordarla completamente con carácter de *obligatoria*, sería un paso impolítico de consecuencias funestas para el país.

La reforma á *voluntad* de los jefes y oficiales pertenecientes á las listas de *Montepío* y *7 de Septiembre* que están demás, es la reforma verdaderamente esencial, la de mejores resultados, la que se verificaría por cambios tan insensibles como aquellos porque pasa una semilla hasta convertirse en árbol. Cae por su propio peso, que á las demás clases pasivas, civil y militar, debe comprenderles la reforma obligatoria.

Desde el gobierno del señor Ellauri, esta trascendental cuestión, de vital interés para las finanzas del país, ha sido objeto de controversia y materia de largos y detenidos estudios. No se ha podido menos que reconocer, que aparte de las complicaciones que traería aparejadas la aplicación de una ley creada con posterioridad á los derechos adquiridos, hay que tener en cuenta el problema de su realización sobre la base de un capital que al 1 % de interés represente la renta que le corresponde al *retirado*.

La nación se costea: 654 jefes y oficiales de la lista de *Montepío* y 1820 de la lista *7 de Septiembre* que distraen un servicio mensual de \$ 58,514.50; y mensualmente también el *Cuerpo de Inválidos* cuesta \$ 5,463.70, la *Plana Mayor Activa* \$ 4,131, *Pensionistas militares* \$ 1,141.66, *viudas y menores militares* \$ 58,418.86, *ciudadanos de la Independencia* \$ 82.51, *Premios de Constancia* \$ 269.49, *Retirados militares* \$ 172.22, y *Sucesores de los Treinta y Tres* \$ 531.07.

Pero de acuerdo con el precepto legal, para llegar á la reforma es medida previa el *retiro*; de modo que los \$ 58,514.50 que absorben las clases pasivas de las listas de *Montepío* y *7 de Septiembre* sufrirían una alteración que fluye alrededor de una suma mayor en una tercera parte y que no es posible calcular con precisión, porque depende de los años de servicios que la Comisión Calificadora compute á los retirados. Sin embargo de esta diferencia bastante respetable, tomamos las obligaciones de la nación, tal como se encuentran, con las asignaciones que á cada clase les señala la ley del Presupuesto según la situación en que figuran.

El cómputo, pues, de los servicios enumerados asciende á \$ 128,735.01, que en números redondos nos harían pensar en un capital de TRECE millones de pesos para destinarlos á la reforma.

Ahora, si se tiene en cuenta la extorsión practicada á las listas de *Montepío* y *7 de Septiembre* partiendo simplemente de los sueldos correspondientes á *Reemplazo*; calcúlese lo que acrecería el capital de reforma tomando como sueldo-tipo el correspondiente á *Retiro*, como lo dispone la ley militar, ó bien, el sueldo íntegro, considerado fundadamente justo y equitativo y punto de partida para iniciar la reforma, á fin de no lesionar los intereses y derechos de los reformados!

Pasando por alto estas reflexiones viene la cuestión capital que debe quedar de antemano definida: ¿con qué recursos se cuenta para aplicarlos á las necesidades de la reforma?

Desechado el pensamiento de realizar empréstitos de éxito problemático, quedan en pie dos medios expeditivos, dignos de tomarse en consideración:

1.º Descuento general ó parcial sobre el Presupuesto General de Gastos;

2.º Creación de un impuesto nuevo especialmente destinado á ese fin exclusivo.

Analicemóslas por su orden.

El ilustrado mayor Riva-Zuchelli que en distintas ocasiones se ha preocupado de tan importante cuestión, proyectaba la reforma en 11 años y 1/2 sin el sistema de propuestas y con éste en 9. Sus proyectos presentados los años 83 y 88 tenían por base la formación de un primer capital, gravando una buena parte del Presu-

puesto General de Gastos en un 10 %, y, no obstante la época propiciatoria y los términos elogiosos con que los recibió la prensa del país, en ninguna de ambas presentaciones fué abordado.

Posteriormente se ha querido humanizar la reforma en detrimento de la misma clase reformada, afectándoles sus exiguos sueldos con un descuento destinado á formar el capital de reforma.

Son estos los descuentos respectivamente general y parcial á que hacemos alusión más arriba. Por lo que respecta á la creación de un nuevo impuesto al país, no tenemos conocimiento de que haya sido proyectado, pero en el supuesto de que los Poderes públicos estuvieran animados de llevar á cabo la reforma de las clases pasivas, sería la fórmula ó sistema que decididamente prestigiaríamos por considerarla encuadrada en un principio de equidad, al que no deberían escapar ninguno de los habitantes de este país, desde luego que á los unos les toca su parte de responsabilidad en los errores del pasado, y á los otros cierta obligación moral de contribuir al afianzamiento del bienestar nacional, incorporados como están sus intereses á los intereses públicos en el usufructo de nuestras industrias y riquezas.

Sin embargo de nuestro pesimismo manifestado á la cabeza de este artículo, hubiéramos sido en otra época decididos partidarios de la reforma obligatoria con ciertas restricciones que alcanzarían á los guerreros de la Independencia, de la Guerra Grande y del Paraguay, y nos hubiéramos embarcado en el proyecto del mayor Riva-Zuchelli, con las seguridades de llegar al término anhelado, pero no tampoco en un plazo fijo, matemático, sino en un lejano porvenir, cuya mayor ó menor duración estaría atada al carro de la moral administrativa de los gobiernos que se sucedieran en el país.

Pero en la actualidad, cercenar todavía más los sueldos de los empleados públicos en una desproporción que se haría sentir con mayor odiosidad en los empleos subalternos, es provocar á un mismo tiempo los ayes de los afligidos por el descuento y las protestas de los beneficiados por el sorteo.

Reformar las clases pasivas por el hábil procedimiento de que ellas mismas se costéen la reforma, sólo daría resultados positivos imponiéndoles un excesivo impuesto á sus reducidos sueldos; y

aún así, siempre sería largo el procedimiento y penoso en la parte que se relaciona con el desequilibrio económico que establecería en ciertas clases que solamente viven á expensas de esos mismos sueldos.

Por el contrario, el nuevo impuesto de que hemos hablado, acumularía en breve tiempo y en épocas fijas un serio capital para dar comiezo á la reforma obligatoria y á voluntad, capital que indudablemente requeriría ser administrado con honradez y tino; pues formado con los dineros del pueblo contribuyente, se destinaría á su verdadero fin y serían más difíciles las subversiones de la ley y los peligros que siempre se han temido de que vuelvan los reformados á ser reintegrados en sus empleos militares ó en las gracias ó pensiones que gozaban.

Julio Dufrechou.

(Continuado).

## EL ESTUDIO EN LA MILICIA

La guerra moderna exige, muy especialmente de los oficiales, un conocimiento profundo de las diversas ramas que comprende la vasta ciencia militar.

Estos conocimientos indispensables se adquieren por medio del estudio detenido de los textos militares, extrayendo y acumulando luego, teorías diversas, haciendo de ellas un examen prolijo y sabio, deduciendo las que sean de provecho para nuestro Ejército y aplicarlas después en la práctica, para de este modo prepararlo convenientemente para la guerra, y proporcionarle el medio de educarse é instruirse con alguna facilidad.

Es sabido que la práctica de las antiguas guerras, es una fuente de provechosas instrucciones, pero es también sabido que en los actuales momentos, si ella no va acompañada de las teorías nuevas, deducidas de esos mismos hechos pasados, no reportan beneficio de importancia alguna, ni se obtienen resultados positivos de su acción, porque descansa en una árida rutina.

Los ejemplos que las guerras de hoy nos presentan, comprueban los resultados grandiosos que se obtienen con una tropa bien instruida y mejor manejada, y de ellas debemos sacar partido para adquirir una sólida organización en nuestras milicias.

Las operaciones que se llevan á cabo por los ejércitos beligerantes, demuestran la conveniencia del estudio teórico-práctico, el conocimiento del terreno y el golpe de vista militar que tanto distingue á un buen oficial de combate.

Es necesario convenir, no obstante, que algunas veces en la guerra moderna los planos de combate pueden plantearse de antemano, sobre todo cuando se tiene conocimiento de la posición, fuerza del adversario y la dirección de sus marchas, y otras veces, las concepciones y las resoluciones oportunas del momento, suplen á las combinaciones estudiadas, pues las causas del hecho producido, obligan á abandonar el plan formulado, para resolver la cuestión según las circunstancias, modificando la conducta del combate y obrar con energía y resolución sobre un punto que las eventualidades de la lucha presenta como accesible.

Como el éxito de las operaciones en este último caso depende del acertado empleo de las tropas, por el encargado de su dirección, es necesario y conveniente que en época de paz el ejército se dedique á maniobras militares, marchas, exploraciones y prácticas de combate, como asimismo, dedicarse á conocer nuestra campaña por medio de excursiones periódicas, eligiendo para ello la estación más apropiada.

Por otra parte, puede considerarse un error, el suponer que el arte de la guerra se aprende fácilmente con el uso y la experiencia sin necesidad de otros estudios.

Los objetivos de las guerras se presentan en sus múltiples casos, bajo diferentes aspectos, guardando muy poca semejanza entre sí, ya sea por el origen de la guerra, la constitución de los ejércitos, las modificaciones que sobrevengan en las operaciones ó por circunstancias especiales en el desarrollo de los planes. En estas variadas formas de presentarse la guerra, es indispensable la aplicación de los conocimientos teóricos, porque con sólo el empleo de la experiencia no se obtendría resultados de provecho, á causa de la pobreza de principios que á ella caracteriza.

No por eso la deseamos, muy al contrario, la admitimos como factor necesario á la teoría, pero nunca como único medio para alcanzar triunfos. Si esto último sucediera, no tendría otra explicación que una verdadera casualidad.

Ligadas como deben de estar la milicia, la teoría y la práctica, es preciso que los oficiales se presten mutua ayuda en la tarea que les está encomendada, ofreciendo el de escuela su caudal de conocimientos, y el de fila, su valioso concurso de la experiencia de muchos años.

Debe tenerse en cuenta, en toda época, que el estudio de los principios de la ciencia militar y su aplicación, proporciona al oficial el medio de palpar el desenvolvimiento de los casos por sí solos y advertir, sin gran trabajo, las causas de los acontecimientos que se suceden en el curso de una acción, como asimismo la norma de conducta que debe observar en las diferentes circunstancias que en el teatro de la guerra se le ofrezcan.

Pero para que el oficial tenga campo de desarrollo, es menester presentarle una bien organizada milicia. El ejército no se improvisa; es necesario formarlo y prepararlo convenientemente, normalizando el método de instrucción de los elementos y de las unidades, conciliando para ello, con los recursos de que se disponga y sin entrar de lleno y precipitadamente en reformas y aplicaciones impracticables por la naturaleza de nuestras tropas y nuestro modo de ser.

Es por estas circunstancias que el progreso del ejército depende del sistema que se adopte ó de la táctica que se observe en el movimiento evolutivo.

Debemos convenir ahora, después de estas ligeras reflexiones, que aunque un ejército cuente en su seno con una oficialidad amante del estudio y adelanto, no se obtendrá ese resultado que se alcanza con el empleo acertado del caudal de conocimientos teórico-prácticos que ella posee, siempre que no exista el estímulo que tanto agrada y alienta, como el aliciente que anima la voluntad para perseverar en la obra del engrandecimiento del Ejército.

La mayor satisfacción que puede experimentar la oficialidad moderna, en sus justas y nobles ambiciones, es la de ver recompensados sus desvelos por el trabajo constante en las reorganizaciones

militares, premios fáciles de discernir, siempre que sea una verdad el deseo de hacer que el ejército del país ocupe su puesto en el concierto de los otros y se coloque á la altura de su patriótica misión.

Si ello existiera estaría asegurado el éxito, y los problemas planteados y propuestos por nuestros inteligentes compañeros de armas, tendrían fáciles soluciones y óptimos resultados.

*Félix Etchepare,*

*Almirante.*

Montevideo, Febrero 20 de 1900.

## NUESTRA MARINA

(Conclusión)

### II

No ignoro que con mis ideas, sigo en una ruta contraria en gran parte á la que pomposamente y con criterio especial, se afanan en continuar, firmes en la teoría que llamaré acumulativa, las grandes potencias europeas y americanas, quienes, en su afán de conservar lo viejo adquiriendo á la vez lo nuevo, afán perfectamente discutible, olvidan la enorme fuerza que representa el dinero que se malgasta en querer que vivan los muertos, sin resultado práctico, presente ni futuro.

Es empresa seria analizar en detalle todo los factores que pueden intervenir en aquellos complicados mecanismos, factores que quizá determinen los chifladores actuales y en ese sentido algún chusco ó mal intencionado rebuscando en su perfeccionado cerebro conclusiones aplastadoras, dirá ser atrevimiento contrariar el espíritu que campea hace muchos años en las decisiones europeas y en las resoluciones tomadas, que han sido y son el producto feliz de enormes inteligencias contra quienes la lógica más pura aconseja callar y después... volver á callar!

Pero así como la tenue nube detiene los rayos hirientes del potente sol, y la infeliz hormiga atraviesa triunfante los enormes macijos de fábrica, interpongo á los delirios navales, mis ideas, de poder muy pequeño en verdad, pero quizá con suficiente dosis de razón para dominar el contagio que pudiera traernos, sin pretender, por otra parte, rozar siquiera el fondo de verdad que pueda acompañar á las prácticas modernas del armamento naval europeo —y discuto, digo mal, pregunto sobre los efectos prácticos tanto en el presente como en lo porvenir, del hacinamiento de buques, refiriéndome al hablar así á las reliquias que se llaman naves de combate simplemente porque á niños grandes se les ha ocurrido adornarlos con cañón y otras galas terribles, sirviendo en todo momento para dar alojamiento y pensión á gran número de oficiales y tropa y no siendo en realidad sino cientos de cañerías por donde escapa á boca llena y presión constante el líquido que vierte en el depósito común, el pobre pueblo contribuyente.

No desconozco que la defensa nacional es obligada, y faltaría á un deber sagrado el gobernante que olvidara punto tan capital, pero entiéndase por defensa, un poder efectivo no ficticio, una fuerza que pueda en todo momento detener ó amortiguar el choque injusto de la afrenta ó el desprecio.

Lo que hacen las naciones europeas y algunas americanas no se acerca al resultado de una buena defensa marítima, ésta resulta, por la acumulación desordenada de máquinas modernas, pero su poder total no responde ni próximamente al presupuesto permanente que consumen.

A propósito y para aclarar lo dicho se me ocurre comparar una de las escuadras europeas á un batallón que no pueda operar en conjunto por la desigual composición de sus elementos; la primera compañía la componen hombres sanos, jóvenes, robustos y perfectamente armados, mandados por oficialidad también de condiciones especiales, que practican constantemente y en cualquier momento se lucen con sus bizarros é instruidos soldados; en la segunda compañía los hombres no son malos pero no pueden compararse con los de la primera por diferentes causas, un poco enfermos, se cansan á menudo; resisten sí, pero desmerecerían los primeros marchando con éstos,—además, las armas no son tan buenas, rota no hay

ninguna pero sí gastadas, no disparan muy bien y los oficiales tan buenos como los anteriores se encuentran desanimados por la decadencia que se nota en la tropa; la tercera compañía es una calamidad: hay hombres buenos, pero la mayoría son enfermos, reumáticos unos, asmáticos otros, las armas no alcanzan para todos, los oficiales aun cuando de la misma escuela de los anteriores, tienen que hacer de enfermeros para conseguir al menos que el jefe superior los mantenga en las filas y, por fin la cuarta compañía hace reír á mandómbula batiente: los pobres soldados, que mejor sería llamarlos esqueletos, no pueden ni siquiera formar, porque los achaques de la vejez no les permite otra cosa que referirse en rueda amistosa con los oficiales, el rosario inacabable de hazañas pasadas.

De todo lo único que se utiliza con éxito es la primera compañía, las otras se mantienen en el cuerpo porque conviene tener muchas fuerzas aunque sean fantasmas y sobre todo porque hay quien paga los gastos que ocasionan, los intereses particulares pueden más que el bien del pueblo y se vocea tener en pie de guerra un batallón de línea!

Exactamente, sin quitar ni poner, ocurre en las más reputadas marinas del mundo tanto europeas como americanas: muchos buques tantos como soldados tenía el batallón analizado últimamente, pero muy pocos que con justicia puedan llamarse naves de combate.

Ese afán de mantener residuos en abundancia en vez de condensar los elementos útiles siguiendo la máxima de que más vale poco y bueno que mucho y malo, descalabró la marina de guerra española en su último encuentro, no porque haya presentado en combate buques antiguos, al menos en la acción de Santiago de Cuba, sino que, aun siendo modernos, eran muy inferiores á los del enemigo, quien, mucho más práctico, no malgastaba en mantener centenares de buques viejos, un enorme presupuesto de marina.

Por otra parte, la oficialidad, aun cuando toda haya egresado de escuelas especiales, solamente en muy pequeña proporción pueden prestar servicios verdaderamente útiles, por muchos y muy variados que sean sus conocimientos teóricos, porque se les abandona en buques secundarios, que permanecen la mayor parte del tiempo fondeados en los puertos, y pocos son los que continuamente navegan y se ejercitan en los variados y difíciles ramos que forman el bagaje intelectual del oficial de marina.

Muchos de ellos han pasado varios años en oficinas militares, y en casos urgentes, cuando las exigencias llegan hasta utilizar los buques que como de guerra registran los anuarios, se les ordenará el embarque; repletos de conocimientos teóricos harán en los primeros tiempos tristísimos papeles; serán útiles y entonces será tarde quizá, después que adquirieran otra vez el hábito de ciertas costumbres y prácticas que en momentos serios debieron poseer en todos sus detalles.

Les pasará lo que al médico, que aún cuando sabía describir perfectamente el curso de una operación delicada, llegó al terreno de la práctica, y de primera intención olvidó muchos pormenores que conocía perfectamente, operó sin éxito, brutalmente según un procedimiento muy moderno, porque nació en aquella ofuscación carnífera.

¡Cuántos casos ocurren á diario que son lecciones claras del poder de la práctica como compañera inseparable de la teoría sana y profunda!

Si fuera aceptable representar con el número 10 el valor del oficial de marina teórico-práctico, diría descomponiendo que el teórico vale 7 y el práctico 3, que el teórico fácilmente completa el número 10 y el práctico muy difícilmente. Sencillo sería probar la comparación establecida, pero es nimio, porque saltan á la vista las pruebas y se adivinan los argumentos.

El oficial de marina debe navegar mucho á intervalos periódicos, para que en cualquier momento se encuentre capaz de desempeñar cualquier comisión de su arma, una de sus principales preocupaciones debe ser la práctica en el tiro de cañón, y los gobiernos nunca debieran negar los elementos necesarios al efecto, sino por el contrario, premiar á los buenos servidores estimulándolos á seguir adelante en la más difícil de todas las prácticas militares.

He presenciado tiros de cañón en maniobras navales que á primera vista han parecido imposibles, pero el resultado de constante práctica lleva resultados asombrosos y explica muchos hechos que ocurren con frecuencia en la vida del marino.

En la vida diaria, ¿quién no se asombra de que una pobre vieja ténborosa y hasta ciega, enhebre su aguja siempre de primera intención, cuando jóvenes novicios en el arte se rinden ante la difícil

prueba? ¿quién no ha visto en los circos ecuestres continuamente resultados maravillosos por la práctica constante de ciertos juegos? ¿quién no admira la pantería de los pilluelos al arrojar sus certeras piedras? Estos y mil otros hechos indican que es asunto que se resuelve con la práctica constante el hacer blancos á menudo con cualquier artillería á distancias respetables aún con el buque en balance.

No existe marina, mientras falten buenos oficiales artilleros.

Agregar al estudio teórico de la artillería la práctica diaria de tiro al blanco, ejercitarse igualmente en el tiro del torpedo, conocer y practicar la navegación, enterarse de los misterios que encierran las costas de su patria y otros conocimientos secundarios, son suficiente ocupación para que se mantenga siempre al oficial en continuo servicio, porque su descanso prolongado, puede costar muy caro á los intereses de cada nación.

Lo dicho demuestra que solamente estudios teóricos serios y práctica constante, son los únicos elementos que pueden formar un oficial de marina competente.

Esto no se puede hacer con todos los oficiales en ninguna de las escuadras conocidas, tanto europeas como americanas, y sólo una cantidad muy pequeña recibe los beneficios de una instrucción práctica constante; sucediendo así, porque las escuelas navales son fábricas de oficiales que reciben su grado y hacen su práctica para ir luego á formar parte del Estado Mayor de buques, esqueletos, completamente inútiles.

La práctica que se sigue es perniciosa, y por lo tanto no debe imitarse; es necesario buscar el medio de obtener con poco capital una poderosa escuadra en tiempo oportuno, conclusión opuesta á lo que ocurre actualmente, que se invierten enormes presupuestos con resultados escasos.

En conocimiento exacto de todo lo que ocurre en otras partes, nosotros que tenemos simplemente una diferencial de marina de guerra, debemos integrarla entre límites razonables, á fin de obtener así, matemáticamente, lo que se dejó establecido en la primera parte de este artículo.

El toque está, en formar un cuerpo de marina, sin buques de combate, que en cualquier momento responda el todo y cada una

de sus partes á los llamados de la patria, que no se malgaste fuerza alguna, que sea pequeño en tiempo de paz y enorme en el de guerra, que consuma un presupuesto fijo y reducido en relación con su utilidad, mientras complicaciones internacionales no pretendan detener la marcha del progreso nacional; y no debe ser lo que son todas las marinas del mundo, cáusticos tremendos que el pueblo soporta, porque lo manda la razón que llevan en sí las bayonetas de filo y punta.

Veamos, pues, cómo lógicamente y de acuerdo con lo dicho, se puede dar á nuestra futura escuadra un asiento sólido y estable, escuadra que será suficiente para resistir cualquier empuje sudamericano.

*Federico García Martínez.*

## NOTAS DE REDACCIÓN

### NUEVAS PRESENTACIONES

Carlos H. Matta. Es también un compatriota inteligente que promete mucho. Tiene gran facilidad de descripción y su lente naturalista está fija hasta en los menores detalles de lo que quiere describir con maestría y propiedad de dicción. Su estilo es abundoso, cargado de tintas, quizás con alguno que otro alambicamiento, pero en un todo valiente y original. Reconocedores de su talento y amigos sinceros, le instamos para que sintetice más y abuse menos del epíteto. Estamos seguros que Matta está destinado á brillar porque le sobra, lo que á tantos le falta: talento.

Rafel Montero Bustamante. Es oriental. Se destaca entre todos los jóvenes de su generación, y su musa tiene murmuraciones del Rhin y gorjeos de los ruiseñores del Norte, que cantan en las noches misteriosas de otoño, á la luz blanca del plenilunio. Su estilo es elegíaco, adora á Heine y su ideal sería vivir en un torreón de la Alemania poética.

Froilán Turcios. Es uno de los primeros poetas de Honduras.



Su inspiración es vigorosa y original y lleva en sí el fuego sublime de aquellas comarcas tropicales, tan propicias en toda clase de frutos.

Le instamos para que nos visite muy á menudo.

Aureliano G. Berró. Es oriental y poeta de inspiración sana y vigorosa. Su numen nacido en los campos de la patria tiene toda la música de las brisas y de las ondas.

En la sección de milicias ingresa el distinguido y aventajado joven Félix Etchepare, Teniente de nuestro Ejército, que hizo sus estudios en nuestra Academia Militar. El trabajo que publicamos merece especial recomendación—y honra, verdaderamente, á la joven oficialidad de nuestro país.